

“AGUANTE” Y REPRESIÓN.

FÚTBOL, POLÍTICA Y VIOLENCIA EN LA ARGENTINA¹

PABLO ALABARCES (FCS/UBA/Argentina)

1. Un estado de la cuestión

Los fenómenos de violencia relacionados con el fútbol han sido objeto de una escasa atención en la Argentina, si entendemos *atención* como mirada especializada, como la construcción de un saber de estatuto fuerte: por el contrario, la violencia ha sido transitada por una masa de discursos, periodísticos y políticos, que no se apartan de interpretaciones de tono estigmatizador y esquemático. La academia argentina no ha producido conocimiento sobre el tema, con las excepciones que analizaré más adelante. Cuando el periodismo trabaja los problemas de violencia, lo hace regido por lo que Ford y Longo (1999) llaman la “lógica de casos”; el “problema” asoma en la superficie de las primeras planas cada vez que se produce un “caso” que lo reactualiza. Pero su tratamiento no excede los días en que el caso en cuestión se mantiene en la agenda, para luego desaparecer. Durante esos días, el análisis de lo publicado entrega la reproducción del discurso dominante, expuesto como sentido común; la “investigación” se entiende como producción de datos (estadísticos o documentales), agregando una recurrente consulta a algún “especialista” (algún intelectual de renombre, aunque su especialidad no pertenezca al campo relevado) y normalmente una nota editorial focalizando y advirtiendo a la comunidad sobre los caminos a seguir. Sin embargo, como es previsible dada la lógica fragmentaria de esta argumentación, el caso no remite nunca a contextos más amplios de argumentación y explicación; se cierra sobre sí mismo, agotando en la pura narración del hecho toda la exposición y el conocimiento posible. Esta argumentación casuística privilegia una exposición narrativa, pero habitualmente suspende la crítica.

Como puede leerse en Coelho *et al* (1998), en el trabajo de análisis que desarrolláramos sobre cobertura de los medios respecto de hechos de violencia en la Argentina² se pueden observar ciertas recurrencias del tratamiento de las noticias, a pesar de diferencias formales e ideológicas fuertes entre los distintos medios consultados. En todos ellos el lexema dominante es *inadaptado*: la colocación de los supuestos responsables se produce fuera de una normalidad social que se presupone, no se explicita, salvo en el marco general (y tajante) de un *nosotros* (los buenos)-*ellos* (los malvados y violentos),

¹ La investigación que da origen a este trabajo ha sido financiada por la Universidad de Buenos Aires y el CONICET, Argentina.

como puede verse en la última campaña institucional sobre el tema.³ El violento se califica así como *excluido*, pero como exclusión positiva, que **debe** producirse (frente a la tradicional significación negativa de *excluido*, que normalmente califica a las víctimas del neoconservadurismo económico como reemplazo de las viejas categorías de la izquierda: pueblo o proletarios). Consecuentemente, estos sujetos son objeto de metáforas biologicistas: son cuerpos extraños que deben ser extraídos del cuerpo social (demostrando, si las hipótesis de De Ipola –1983- son correctas, que el periodismo insiste en tópicos discursivos propios del pensamiento de derecha).⁴ Asimismo, son sujetos animalizados (bestias, animales salvajes, son algunos de los tópicos más abundantes; una lectura similar puede verse en Young, 1986). Los repertorios estigmatizadores rematan, sin embargo, en una paradoja: porque las acciones violentas son calificadas como *criminales* y son objeto de metáforas bélicas. La paradoja reside en que la animalización y la biologización expulsan estos comportamientos del campo de lo racional, mientras que su calificación como conducta criminal y su organización en términos de actitud bélica supone un fuerte racionalidad: tal como se describe habitualmente en la bibliografía sobre el tema, los comportamientos de las hinchadas en episodios de violencia señalan una fuerte organización y planificación, excepto en los casos de incidentes que pueden ser calificados como *espontáneos*, donde la racionalidad se puede reponer en el análisis del comportamiento, pero no en el momento de la práctica.⁵

Esta descripción de un mecanismo narrativo y estereotipizador, conduce necesariamente a que no es en el terreno del periodismo donde podemos hallar una lectura fuerte de los fenómenos de violencia. Dije antes que los estudios académicos han prescindido del problema: la violencia en el deporte pertenece al sistema clasificatorio mayor “deporte”, donde la sociología y la antropología argentina no se han entrometido. Por el contrario, hay una importante serie de trabajos relacionados tanto con la violencia política, que atravesara nuestra sociedad entre mediados de los años 50 y los 80, como con la violencia urbana, en lo que respecta a la inseguridad ciudadana producto de las nuevas condiciones de vida en las grandes metrópolis y la pauperización creciente de grandes masas de población en los regímenes neoconservadores; así también en lo que toca a la violencia policial. Sin embargo, a pesar del puente que éste último ítem tiende hacia nuestra zona de problemas, el camino no fue recorrido.

² Se relevaron seis hechos de violencia importantes por distintas razones (época, cantidad de víctimas, responsables, repercusión) a lo largo de treinta años en tres diarios de Buenos Aires, distinguidos por los públicos interpelados.

³ Campaña organizada conjuntamente por la AFA y el monopolio encargado de las transmisiones televisivas, TyC, ocupó distintos soportes (gráfica, radio y televisión, y volantes en los estadios) durante un lapso muy prolongado de tiempo. Para un primer (y contundente) análisis, puede verse Calvo, 1998.

⁴ De Ipola sostiene que las metáforas biologicistas tiene su origen en la discursividad del nacionalismo reaccionario francés de la segunda mitad del siglo XIX, y desde allí se transforman en un tópico habitual de los discursos derechistas.

⁵ Un análisis más minucioso puede verse en Coelho *et al*, 1998.

El único trabajo importante sobre el tema fue hecho por dos investigadores argentinos: el antropólogo Eduardo Archetti (que a su vez trabaja en la Universidad de Oslo) y el periodista Amílcar Romero. Archetti ha sido el fundador de los estudios antropológicos del fútbol argentino, y en uno de sus primeros trabajos sobre el tema analiza los repertorios de la masculinidad entre los hinchas argentinos, con la carga de violencia simbólica que implican estos códigos, fundamentalmente ligados a una sexualidad discursivamente agresiva (Archetti, 1985). En un artículo posterior (1992) Archetti centra su exposición en los fenómenos de violencia a través de la categoría antropológica de ritual, en un recorrido histórico basado en la descripción del ritual futbolístico argentino como una mezcla de elementos trágicos y cómicos, una oscilación entre lo violento y lo carnalesco que impide la clasificación del fútbol únicamente en un sentido bajtiniano (Bajtín 1987). La descripción de Archetti también posee un sentido diacrónico: su hipótesis es que los elementos cómicos habrían predominado en la época clásica del fútbol argentino, siendo progresivamente desplazados por los elementos trágicos en las últimas tres décadas. Así, “esto crea un contexto en el que la práctica de la violencia se vuelve cada vez más legítima” (Archetti, 1992: 242). Como veremos, esa legitimidad no procede solamente de la cultura futbolística: si por un lado, el predominio de los elementos trágicos crea un contexto inmediato de producción de actos de violencia (entendidos como) legítimos –es decir, un marco de reflexividad discursiva–; por otra parte el contexto político argentino crea un marco de referencia macro en el mismo sentido.

En su trabajo conjunto de 1994, Archetti y Romero proponen una descripción de los fenómenos de violencia que reponga contextos de interpretación amplios. Tras proponer un mapa de la investigación inglesa sobre el tema, señalando sus complejidades y riqueza, los autores narran cuatro episodios significativos de una historia de la violencia relacionada con el fútbol en la Argentina, casos que les permiten enfatizar la complejidad del cuadro: se trata tanto de muertes a manos de la policía como por enfrentamientos entre hinchadas, agregando además el componente político que estos hechos acarrearán desde mediados de la década de 1970. La conclusión de Archetti y Romero, lejos de proponer una solución o una única interpretación, insiste en la necesidad de vincular la investigación a marcos más amplios, fuera de los cuales toda lectura del fenómeno de la violencia en el fútbol es esquematizadora y reduccionista: “Football, and sport in general, become a central dimension in the analysis of social and cultural processes.” (Archetti y Romero, 1994: 69-70). Es el camino indicado por Archetti y Romero el que propongo recorrer: no entender al fútbol como “reflejo de la sociedad”, vieja metáfora especular que, además de ser teóricamente errónea, no tiene valor explicativo. Pero sí entenderlo como la arena simbólica privilegiada donde leer, oblicuamente, características generales de la sociedad argentina; priorizar, antes que el análisis de una cultura futbolística, el análisis cultural de una sociedad.

2. Un mapa de la complejidad: la crisis de las identidades futbolísticas

Nuestro trabajo ha definido la construcción de identidades a través del fútbol como un eje de la investigación. Es nuestra hipótesis, asimismo, que este eje se vuelve central respecto del análisis de la violencia en el fútbol: los actos violentos señalan una disputa por una identidad, un imaginario, un territorio simbólico (y a veces material). Como dice Eric Dunning (1999), “The probability of spectator violence in soccer contexts is also likely to be exacerbated by the degree to which spectators identify with the contending teams and the strength of their emotional investment and commitment to the victory of the teams they support”. Y en ese contexto, en los años 90, las representaciones colectivas parecen entrar en crisis, al mismo tiempo que su centralidad, su capacidad interpeladora para los sujetos involucrados, aumenta desmesuradamente.

En primer lugar, las representaciones referidas a las interpelaciones de clase: el fútbol argentino no es, ni es percibido como, un espacio *popular*, en tanto convoca, estadística y simbólicamente, transversalmente a todas las clases, aunque con leve predominio de los sectores medios y medio-bajos. Sobre este punto, las causalidades son variadas. Por un lado, la nueva estructura de clases argentina señala características similares al resto de las sociedades occidentales: progresiva desaparición de la clase obrera industrial, crecimiento de la terciarización, aumento exponencial de la desocupación. Este mapa, que vuelve difícil designar una clase obrera *stricto sensu*, permite por el contrario la ampliación de los sectores convocados por la categoría *sectores populares*; pero esta ampliación choca con la debilidad de su definición y con la vaguedad nominativa.

En el mismo sentido, el crecimiento de una llamada *cultura mediática* (Kellner 1995) desde los años 70 hasta hoy, indica el desplazamiento de las clasificaciones culturales de clase en pos de una ampliación, casi universal, de los sectores involucrados en cualquier clasificación cultural. La explosión comunicacional de la última década propone, inclusive, el reemplazo de las culturas *nacionales-populares*, clásicas en el análisis latinoamericano, por las culturas *internacionales-populares* (Ortiz 1991 y 1996). En esa expansión, el fútbol, mercancía fundamental de la industria cultural, también tiende a ampliar sus límites de representación en un policlasismo creciente.

Pero además, en el mismo movimiento en que los límites se expanden, se producen mecanismos de exclusión. Los regímenes neoconservadores, a la vez que debilitan las tradicionales interpelaciones de clase, producen fuertes fenómenos de exclusión social, donde la expulsión del mercado de trabajo de grandes masas y la pauperización de las clases medias son síntomas clásicos. Así, el fútbol produce una expulsión básicamente económica: los costos de acceso a los estadios (o a los servicios de cable

televisivo) dejan afuera a los públicos “tradicionales”, en un proceso de darwinismo impensado pocos años atrás.

En la Argentina, estos mecanismos de exclusión afectan también a la práctica, profesional o amateur: en el primer caso, porque las condiciones de acceso al alto rendimiento deportivo exigen un umbral de alimentación en la niñez que las clases bajas no pueden proveer, lo que ha originado una tendencia de cambio en la proveniencia de los jugadores de primer nivel (hoy, mayormente originados en las clases medias). En el segundo caso, de la práctica recreativa, la progresiva desaparición de espacios públicos adecuados y la ausencia de tiempo libre entre los sectores trabajadores (como producto de condiciones laborales propias del capitalismo del siglo XIX) vuelve progresivamente más difícil el juego informal, restringido a sectores con posibilidades económicas y temporales.

A esta crisis (por exclusión) de representación social, se le añade la expansión antes señalada. La cultura futbolística argentina practica un imperialismo simbólico y material; simbólico, en su inflación discursiva, en su captación infinita de públicos, en su construcción de un país futbolizado sin límites;⁶ material, en el crecimiento de su facturación (directa o indirecta, massmediática o de merchandising) y en el aumento de los capitales involucrados (desde la compra-venta de jugadores hasta las inversiones publicitarias y televisivas).

A este proceso de ocupación de espacios, se suma el constante intercambio de jugadores, desde los equipos chicos a los llamados “grandes”, y desde éstos hacia el fútbol europeo o los “nuevos mercados” (especialmente México y Japón). La continuidad tradicional de un jugador en un mismo equipo durante un lapso prolongado de tiempo ha desaparecido: al poco tiempo de su aparición, es vendido a un comprador que asegure beneficios para todas las partes —excepto los hinchas. En la etapa histórica del fútbol argentino, los ejes fuertes de la identidad de un equipo eran los espacios (los estadios), los colores y sus jugadores-símbolo; hoy, por los cambios constantes en la sponsorización de las camisetas, que alteran sus diseños, y por los flujos incesantes de las ventas de jugadores, el establecimiento de lazos de identidad a partir de estos ejes se ve profundamente debilitado.⁷

Así, las hinchadas se perciben a sí mismas, desmesuradamente, como el único custodio de la identidad; como el único actor sin producción de plusvalía económica, aunque con una amplia producción de plusvalía simbólica; frente a la maximización del beneficio monetario, las hinchadas sólo pueden proponer la defensa de su beneficio de significados, puro exceso simbólico. La continuidad de los

⁶ El signo más claro de esta expansión es la futbolización de la pantalla televisiva: los centenares de horas, de cable o aire, de programación deportiva, y el hecho de que los diez programas más vistos de la televisión argentina en 1998 fueron transmisiones deportivas.

repertorios que garantizan la identidad de un equipo aparece depositada en los hinchas, los únicos fieles “a los colores”, frente a jugadores “traidores”, a dirigentes guiados por el interés económico personal, a empresarios televisivos ocupados en maximizar la ganancia, a periodistas corruptos involucrados en negocios de transferencias. Las hinchadas desarrollan, en consecuencia, una autopercepción desmesurada, que agiganta sus obligaciones militantes: la asistencia al estadio no es únicamente el cumplimiento de un rito semanal, sino un doble juego, pragmático y simbólico. Por un lado, por la persistencia del mandato mítico: la asistencia al estadio implica una participación mágica que incide en el resultado. Por el otro: la continuidad de una identidad depende, exclusivamente, de ese incesante concurrir al templo donde se renueva el contrato simbólico.

3. Fútbol tribal

Estos procesos no desembocan en la re-afirmación de las grandes identidades futbolísticas tradicionales. Ratifican, por el contrario, la fragmentación posmoderna. Hoy puede verse un proceso de tribalización (Maffesoli, 1990), en un doble sentido: respecto de un *otro* radicalmente negativizado, y al interior de las mismas hinchadas.

Primero: las oposiciones locales —enfrentamientos entre equipos rivales clásicos, el eje de oposición Buenos Aires-provincias, las rivalidades barriales al interior de una misma ciudad— se radicalizan hasta configurar identidades primarias y casi esencializadas. A diferencia del mapa europeo, los procesos de antagonización (las maneras como se estructuran las diferentes rivalidades) son muy variados. Romero (1994) señala que, prescindiendo del enfrentamiento nacional (entre selecciones), pueden hallarse cuatro modos de articulación de la rivalidad:

- a. Regional: entre equipos de distintas ciudades, regiones o comunidades, dentro de un Estado-Nación. Es el caso de madrileños y vascos o catalanes, en España.
- b. Intraciudad: entre equipos de una misma ciudad, con una historia de representación dicotómica (usualmente, ricos vs pobres). Por ejemplo, Nacional-Peñarol en Uruguay.
- c. Interbarrial: en este caso, se trata de equipos que, dentro de una ciudad, no representan un nivel dicotómico de referencia simbólica, sino que señalan la pertenencia a un territorio definido como barrial. Es el caso típico de Buenos Aires, donde la existencia de una enorme cantidad de equipos en la ciudad conlleva oposiciones entre territorios menores. La

⁷ Los jugadores, asimismo, se ven fuertemente atravesados por la lógica espectacular: son nuevos miembros del *jet-set* local, inundan las pantallas, los avisos publicitarios; se transforman en símbolos eróticos, se ven sujetos al asalto sexual. La relación con el hincha alcanza así su máxima distancia.

representación de la comunidad desaparece para dar paso a la micro-comunidad, el barrio. Pero en los últimos años, la categoría “barrio” se recubre de fuerte capacidad interpeladora.

d. Por último, un caso absolutamente excepcional es el antagonismo intrabarrial: Romero lo ve ejemplificado en River-Boca, ambos originarios de un mismo barrio en la ribera del Río de la Plata. Sin embargo, la representación de ambos equipos excede con mucho esa referencia (son los equipos “nacionales”, en el sentido de que interpelan sujetos de otras comunidades regionales fuera de Buenos Aires). A pesar de mi diferencia con el ejemplo, la idea de que el fútbol argentino se caracteriza por una progresiva y microscópica fragmentación de los espacios representados es absolutamente válida.

Sin embargo, discrepo con Romero en cuanto a que, a medida que se achica el espacio de representación, se pierde representatividad. Por el contrario: el territorio, cuanto más segmentado y atomizado, se vuelve más cálido, adquiere mayor capacidad para interpelar sujetos. Al mismo tiempo, como efecto contrario, las posibilidades de trascender ese espacio hasta dimensiones mayores (por ejemplo, la referencia nacional) se vuelven menores.⁸

Y segundo: al interior de las hinchadas se produce un fenómeno de segmentación novedosa, la construcción de grupos particulares identificados con nombres propios y organizados, con reparto de roles y funciones, con banderas propias, a partir de ejes identificatorios diversos, generalmente barriales, aunque en otros casos por razones más aleatorias.⁹ Esta hipersegmentación fractura las formas de soporte de la identidad, diseminándola en fragmentos en algunos casos irreconciliables.¹⁰ Este fenómeno es similar a los de la cultura del rock, donde este proceso tiene más años de desarrollo. Más: puede sostenerse la hipótesis de que se ha producido una transferencia de prácticas de la cultura del rock hacia la del fútbol, a partir de las fuertes relaciones entre ambos universos culturales y de la superposición de sujetos practicantes.¹¹

4. La distinción: un ritual de violencia

⁸ En ese sentido desarrollé, en otro lugar, la idea de que el equipo nacional había perdido capacidad interpeladora. Ver Alabarces, 1999.

⁹ En el caso del club Racing, una de las tribus se llama *Racing Stones*, unidos a partir de su predilección por la banda de rock Rolling Stones. Otra se denomina *La 95*, simplemente porque, procedentes del norte de la ciudad de Buenos Aires, se desplazan hacia el estadio de Racing con el bus número 95.

¹⁰ Este nuevo fenómeno sólo ha sido observado, hasta ahora, por el periodismo: cfr. De Biase 1997.

¹¹ Para un mayor desarrollo del problema, ver Alabarces y Rodríguez, 1996: 61-74.

Como todo ritual, el fútbol opera una suspensión del orden social; entre el uso de esa suspensión y el consentimiento a sus límites, navegan distintas posibilidades, ambiguas, muchas veces contradictorias. Una de ellas es la violencia: persistente como ritual de resistencia y alteridad, como lugar de apropiación de un territorio y una identidad.

Alessandro Portelli afirma que la violencia en el fútbol permite ver las continuidades entre la construcción estigmatizada de las clases populares como clases peligrosas de la revolución industrial, en el siglo pasado, y su reaparición en el mismo sentido en la revolución de la información (Portelli 1993: 78).¹² La revuelta en el estadio significa, desde esta perspectiva, la puesta en escena de una distinción no codificada, antes bien estigmatizada: porque la violencia atenta contra la doble propiedad privada de la mercancía y el cuerpo, porque escapa a la monopolización del Estado —peor: reproduce sus mecanismos de arbitrariedad y racismo, y en la reproducción los exhibe.

La violencia también puede ser pensada, con Patrick Mignon (1992), como forma fuerte de la visibilidad. La crisis de participación y legitimación de las sociedades neoconservadoras, la crisis del estatus de las clases medias y de los medios para garantizarlo, la crisis de exclusión de los sectores populares, conduce a la búsqueda por parte de estos distintos sujetos de mecanismos de visibilidad: con comportamientos violentos contra sí mismos (con el consumo de drogas), contra los otros (vandalismos, etc.) o con la participación en la extrema derecha, como apunta Mignon para el caso francés. En ese mismo sentido, el espacio del estadio permite vivir un sentido de pertenencia a una comunidad por parte de los que se sienten excluidos. Pero ese estadio, además, es escenario de la puesta en escena massmediática, lugar donde la actuación se amplifica en millones de receptores.

Esta ambigüedad o polivalencia de la lectura de los rituales de violencia no escapa a las líneas que venimos trazando. La violencia puede también permitir leer el *sentido de escisión* gramsciano, el sentimiento elemental de separación respecto de las clases hegemónicas que Gramsci rescata como núcleo de “buen sentido” de las clases subordinadas, se resuelva o no en un antagonismo declarado. Los rastros de la escisión son, en el fútbol, numerosos; son los espacios donde las relaciones de oposición con un otro que se percibe como hegemónico (*poderoso*) alcanzan su máxima distancia. En el fútbol, no se puede vencer **con** el poder, **en** el poder; siempre se alcanza la victoria contra las infinitas conspiraciones de los poderosos y de los massmedia. Hasta la paranoia.

Contra toda ambigüedad y complejidad, como dije antes, las interpretaciones hegemónicas en la Argentina (trabajadas como sentido común) insisten en la estigmatización acrítica: los “violentos”,

¹² Dal Lago y Moscati (1992) proponen, en cambio, un desplazamiento de la estigmatización hacia los jóvenes. En nuestro caso, creemos que está en la intersección: los jóvenes de las clases populares. Ver en este sentido, Alabarces y Rodríguez 1996: 61-74.

desde este punto de vista, son sistemáticamente jóvenes, “inadaptados”, operan bajo la influencia de drogas y alcohol, y su acción es reducida a la aparición imprevisible de agentes que deben ser excluidos —del estadio y de la sociedad. La estigmatización penetra profundamente, a su vez, el discurso de los hinchas militantes, que leen a los actores de la violencia como *otros* de clase y cultura; compatriotas del estadio y el equipo, víctimas compartidas de la represión policial; pero también sujetos estigmatizados cuando la violencia parece deberse, básicamente, a su acción. La percepción de los hinchas militantes revela un juego interesante de posiciones. Por un lado, no se entienden como actores violentos; cuando experimentan la violencia, se colocan en posición pasiva, como víctimas de un juego que no pueden dominar y que tampoco desean jugar. Asimismo, colocan como responsables directos a actores institucionales (la policía, la dirigencia deportiva); entienden las medidas represivas como parte de un complot destinado a saquear la pasión futbolística y entregarla como mercancía a la industria del espectáculo. En ese sentido, los hinchas se entienden compartiendo con aquellos que señalan como “violentos” (se trate de barras o de grupos de acción) la defensa común de un espacio (la tribuna), una identidad (el equipo), una práctica (la hinchada de fútbol). Pero por otra parte, atravesados por el discurso periodístico, hablados por el mecanismo del estigma, no vacilan en señalar a “los violentos”, “ellos”, “los negros que están locos”. El policlasismo del fútbol revela aquí, de pronto, todos sus límites, para permitir la reaparición del etnocentrismo de clase y un larvado racismo.¹³

5. Posibilidades de la interpretación

La violencia en el fútbol argentino resume en un enunciado una importante cantidad de posibilidades. Al decir “violencia en el fútbol”, usualmente, no decimos nada, por querer decir todo. Del mismo modo, la reducción del problema a la acción de *hooligans* supone dejar de lado las profundas diferencias entre actores, prácticas y sociedades.

En la Argentina, la violencia es una práctica que atraviesa la vida cotidiana, la política, la economía: no sólo el fútbol. Con formas más complejas y menos reconocibles que la política represiva de la última dictadura militar (1976-1983): fundamentalmente, la persistencia y agravamiento de esa forma máxima de la violencia social que es la exclusión, la expulsión del mercado laboral y del consumo, la privación de salud y educación. Pero también la continuidad de la violencia estatal: el monopolio de la violencia legítima se transforma en ejercicio ilegítimo de ese monopolio, dirigido de manera sistemática contra las clases populares. Cuando Archetti (1992) revisa los distintos principios de causalidad asignados a la

¹³ Esta observación se basa en nuestro trabajo de entrevistas antes citado. Un primer análisis en términos de la percepción de la violencia por parte de los hinchas puede verse en Guindi, 1998.

violencia en el fútbol, se detiene en una supuesta naturaleza violenta de las clases populares argentinas (o de todas las clases populares); la historia de nuestro país señala (y así lo afirma Archetti) que las clases dirigentes han demostrado, sistemáticamente, un grado de violencia superior, si es que cedemos a la tentación de la comparación.¹⁴

La observación de los fenómenos de violencia contemporáneos, y el estudio de sus antecedentes históricos, permite una clasificación que discrimine distintos tipos de prácticas y permita comenzar un proceso de asignación de causalidades y sentidos. Básicamente, la violencia relacionada con el fútbol puede ordenarse en:

a) *Acciones organizadas y protagonizadas por “barras bravas”*: si bien las barras bravas argentinas son los grupos más similares a los llamados *hooligans*, existen diferencias notorias que ocluyen la comparación. Básicamente, porque su origen está vinculado históricamente al surgimiento de la violencia política argentina, a mediados de la década del 60. No en vano, la primera aparición de estos sujetos motivó su comparación, en la prensa, con la guerrilla urbana, y en el mismo movimiento, el reclamo de acciones clandestinas para su eliminación.¹⁵ Simultáneamente, el desarrollo del llamado caso Souto (1967) señaló las profundas complicidades ya existentes con la dirigencia deportiva y política. La reaparición explosiva de las barras se produce a finales de la dictadura militar, en 1983, en el caso de “Negro” Thompson, líder de la barra de Quilmes y protegido por la dirigencia del club, las autoridades comunales y la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Así, antes que la imitación de los *hooligans* británicos, las barras prefieren un modelo nativo; se configuran a semejanza de los grupos de tareas paramilitares, fuerzas de acción para tareas ilegítimas mediante la violencia y la coacción, utilizados por dirigentes deportivos y políticos.

De este modo, la violencia en el fútbol se aleja de todo “reflejo”. Como dice –foucaultianamente– Tomás Abraham (1999), “la violencia en el fútbol no refleja nada, sino que es un producto sabiamente construido que hace que éste sea parte de un dispositivo más amplio de poder”. Ese mecanismo de poder, al mismo tiempo clandestino y público, se espectaculariza en la arena dramática del fútbol.

b) Acciones producidas por —o en respuesta a— la violencia policial, o acciones producidas por agentes derivados de la privatización del monopolio legítimo de la violencia: el protagonismo de las

¹⁴ Pero la comparación es imposible. A pesar de la posibilidad de analizar microsociológicamente lo que podríamos reconocer como características violentas en la vida cotidiana de las clases populares, la presencia de la violencia institucional de las clases dominantes es previa y omnipresente, lo que nos llevaría, antes que a un régimen de comparación, a un régimen de causalidad.

¹⁵ Nuevamente, ver Coelho et al, 1998.

fuerzas de seguridad en la violencia argentina (como dije, no sólo en el fútbol) no ha sido suficientemente descrito, con las excepciones indicadas. Dice Romero (1994) que la policía tiene en la Argentina la responsabilidad por el 68% de las víctimas mortales, entre ellas el caso de Puerta 12.¹⁶ Y a los muertos y heridos producidos directamente por balas policiales (con el llamado caso Scaserra como prototipo), se suma la acción sistemáticamente violenta de la policía en la seguridad del espectáculo. Todo el trato de los hinchas por la policía consiste en agresiones y vejaciones: la imposición de recorridos, el cacheo, las prohibiciones grotescas (por ejemplo, de periódicos y encendedores). En todos los casos, reproduciendo las conductas cotidianas, el maltrato policial constituye una imagen del ciudadano como enemigo, agravada por las persecución sistemática y el ensañamiento contra los jóvenes de las clases populares, reputados culpables de cualquier incidente aun antes de producirse. A este cuadro, al que hicimos referencia más arriba, se le suma que los procesos de privatización neoconservadores han producido la multiplicación de las fuerzas de seguridad privadas, a las que se les permite el uso de armas, sin que exista ninguna regulación al respecto. Así, estos grupos son el refugio de ex miembros de la policía, en algunos casos expulsados de la fuerza por sus excesos represivos. No dejan, por lo tanto, de reproducir sus prácticas habituales.

c) Enfrentamientos entre rivales por la disputa de una supremacía simbólica, o como reacción frente a una “injusticia” deportiva que suponga la reposición imaginaria de un estado de justicia ideal: *en la mayoría de estos casos, la acción de las barras se ve acompañada (e incluso, superada) por la acción de gran número de hinchas. La violencia contra un otro radicalizado, como señalamos antes, es el lógico resultado del proceso de tribalización. La defensa del territorio, de una supremacía simbólica, se maximiza hasta desembocar, rápidamente, en la acción violenta, en un marco general donde la condena discursiva de la violencia encubre su práctica sistemática. Asimismo, señala la desesperación de núcleos importantes de jóvenes de las clases populares, que encuentran en la violencia el único gesto que les otorgue visibilidad: olvidados de la mano del Estado, con todos los caminos clausurados—presentes y futuros—, entienden que la única forma de hacerse ver es cosechando centímetros de prensa y minutos de televisión. La presencia importantísima del fútbol en el espectáculo de los medios masivos les garantiza su aparición, la puesta en escena de su existencia: aparición contradictoria, por cierto, que en el mismo momento que reclama un espacio sólo obtiene una nueva condena.*

¹⁶ El caso de la Puerta 12 ocurrió en 1968, tras un partido entre Boca y River. Murieron 71 personas en una avalancha contra una puerta, cerrada presumiblemente por la policía. El caso nunca fue investigado ni encontrados sus responsables. La versión de uno de nuestro informantes insiste en una variante política del caso: la hinchada de Boca habría cantado durante el partido la “Marcha peronista”, cántico identificador del entonces proscripto peronismo. La policía habría

Pero además, este tipo de violencia facilita la construcción de colectivos que se afirman en el contacto corporal y la experiencia compartida del enfrentamiento —fundada en la retórica del *aguante*. *Aguante* designa significados más amplios que su remisión estrictamente etimológica, ligados a una retórica del cuerpo y a una resistencia colectiva frente al otro (otros hinchas, policía, etc.). Como dice Archetti (1992), el *aguante* es “una resistencia al dolor y a la desilusión, una resistencia que no conlleva una rebelión abierta, pero sí, a través de los elementos trágicos y cómicos, a una serie de posibles transgresiones” (266). Ante la idea de la violencia como puesta en escena de un vínculo que se quiere simétrico (Izaguirre, 1998), el *aguante* es la forma de reponer imaginariamente esa simetría: el *aguante* “disputa a la lógica el espacio de lo sorpresivo y lo sorprendente: desafía a lo que se supone ganador, enfrentándose a la superioridad, al orden inferiorizante de lo supuesto” (Elbaum, 1998: 240).

Por último: cuando las hinchadas provocan desórdenes frente a lo que consideran una violación de la justicia deportiva (o más simplemente, un fallo equivocado adrede), ponen en escena el imaginario democrático del deporte, según el cual se trata de una disputa entre iguales, sin favoritismos, donde sólo la lógica del juego decide ganadores y perdedores. Ese imaginario choca frente a la paranoia dominante, la que instituye un imaginario de complicidades y conspiraciones, donde los medios de comunicación son señalados como principales operadores de los clubes poderosos. Así, la acción violenta (espontánea, lejos de toda planificación, duramente dirigida contra los que se leen como representantes del poder —policía y árbitros, pero también contra la televisión, con ataques a las cámaras o a los propios periodistas) pretende reponer esa democracia imaginaria. La desaparición de la Justicia como institución legítima del Estado, por su deterioro político acelerado en los últimos años, se representa metonímicamente en el estadio. El espontaneísmo de los hinchas designa, también por metonimia, un último escalón del descreimiento, de la desconfianza, del hastío. No de la barbarie.

Bibliografía:

Abraham, T. (1999): “Juego salvaje”, in *Clarín*, Buenos Aires: 9/3/99.

Alabarces, P. (1999): “Posmodern Times. Identities, violence and massmedia in argentine football”, in Armstrong, G. y Giulianotti, R. (eds.): *Football in the making*, London, McMillan.

Alabarces, P. and Rodríguez, M.G. (1996) *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*, Buenos Aires: Atuel.

Archetti, Eduardo (1985): *Fútbol y ethos*, Buenos Aires, FLACSO, Serie Investigaciones.

motivado el desastre como castigo, según esta versión. A pesar de cierto carácter conspirativo, la historia argentina se empeña en validar explicaciones de este tipo.

- (1992): "Calcio: un rituale di violenza?", in Lanfranchi, Pierre (editor): *Il calcio e il suo pubblico*, Edizione Scientifiche Italiane, Napoles.
- Archetti, Eduardo and Romero, Amílcar (1994): "Death and violence in Argentinian football", in Giulianotti, Richard, Bonney, Norman, Hepworth, Mike (eds.) (1994): *Football, Violence and Social Identity*, London: Routledge.
- Bajtín, M. (1987) *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid: Alianza.
- Calvo, F. (1998): "Asesinos, Traficantes y Delincuentes. Una campaña contra la violencia en el fútbol", Buenos Aires: mimeo.
- Coelho, R.; Lobos, A.; Sanguinetti, J. and Szrabsteni, A. (1998): "Del lugar común al estigma. La cobertura de la violencia en el fútbol en la prensa argentina", paper to the IV Jornadas de Investigadores de la Cultura, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, november.
- Dal Lago, Alessandro and Moscati, Roberto (1992): *Regalateci un sogno. Mito e realtà del tifo calcistico in Italia*, Bompiani, Milano.
- De Biase, P. (1997) 'Hinchada no hay una sola', in *Mística*, Buenos Aires, december 13th: 17-26.
- De Ipola, E. (1985): *Ideología y discurso populista*, México: Folios.
- Dunning, E. (1999): "Soccer Hooliganism as a World Social Problem", mimeo.
- Elbaum, J. (1988) 'Apuntes para el "aguante". La construcción simbólica del cuerpo popular', in Alabarces, P. et al. (eds.) *Deporte y sociedad*, Buenos Aires: Eudeba.
- Ford, A. y Longo, F. (1999): "La exasperación del caso", in *La marca de la bestia*, Buenos Aires, Norma.
- Guindi, B. (1998): "El juego de las percepciones. Un análisis en recepción de la violencia en el fútbol", paper to the IV Jornadas de Investigadores de la Cultura, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, november.
- Hudson, P. (1999): "Withdrawal Symptoms", in *When Saturday Comes*, 146, London: april.
- Izaguirre, I. (1998): "Presentación. Reflexiones sobre la violencia", in Izaguirre, I. (ed.): *Violencia social y derechos humanos*, Buenos Aires: Eudeba.
- Kellner, D. (1995) 'Theory wars and cultural studies', in *Media Culture*. London: Routledge.
- McCaughn, M. (1999): "Police on permanent death duty", in *The Guardian*, London: 15/2/99: 10.
- Mignon, P. (1992) 'La societe francese e il calcio', in Lanfranchi, P. (ed.) *op.cit. supra*.
- Ortiz, R. (1991) 'Lo actual y la modernidad', in *Nueva Sociedad*, Caracas: november-december. (1996) *Otro territorio*, Buenos Aires: UNQ.

- Portelli, A. (1993): "The Rich and the Poor in the Culture of Football" in Redhead, Steve (1993) (editor): *The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe*, Aldershot, Avebury.
- Romero, A. (1985): *Deporte, violencia y política (crónica negra 1958-1983)*, Buenos Aires, CEAL.
(1994): *Las barras bravas y la "contrasociedad deportiva"*, Buenos Aires, CEAL.
- Vogel, Arno (1982) 'O momento feliz. Reflexões sobre o futebol e o ethos nacional', in vv. AA. *O universo do futebol: esporte e sociedade brasileira*, Río de Janeiro: Pinakothek.
- Young, Kevin (1986): "'The killing field': cuestiones que suscita el tratamiento dado por los medios de comunicación de masas a los disturbios del estadio de Heysel", in AA.VV. (1994): *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, Genealogía del Poder/23, Ediciones de la Piqueta. First published in *International Review for the Sociology of Sport*, 21/2/3, 1986.